

ARTÍCULOS

LITERATURA Y NACIÓN: TENSIONES Y
TRANSCRIPCIONES DE DOS CAMPOS
DISCIPLINARIOS
LITERATURE AND NATION: TENSIONS AND
TRANSCRIPTS OF TWO DISCIPLINARY FIELDS

Martina Guevara

Universidad de Buenos Aires-CONICET

Doctora en Literatura (UBA), Licenciada en Letras (UBA), Profesora de Enseñanza Media y Superior en Letras (UBA) y Técnica en Guion Cinematográfico (FUC). Se especializó en el estudio de configuraciones identitarias en la narrativa de Juan Filloy de la década de 1930. Actualmente, se desempeña como JTP de la materia Teoría Sociológica y Teoría Literaria en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y como becaria posdoctoral del CONICET. Integra el equipo de investigación UBACyT "Lo policial como género en la literatura y el cine argentinos" dirigido por Román Setton y del Proyecto de Investigación Científica de la FUC "Géneros Cinematográficos en Latinoamérica", dirigido por Setton y Patricio Fontana. Es autora de Juan Filloy en la década del 30. Configuraciones de la Nación y sus identidades.

Contacto: guevaramartina@gmail.com

ORCID: [0000-0003-3108-174X](https://orcid.org/0000-0003-3108-174X)

DOI: <https://zenodo.org/record/8212637>

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Nación

Disciplinas sociales

Estudios literarios

Literatura argentina

Identidad/ alteridad

Este artículo propone un análisis interdisciplinario a partir de una de las categorías provenientes de las ciencias sociales con la que más dialogaron los estudios literarios: la de nación y sus fenómenos asociados, identidad nacional y nacionalismo, que podemos englobar en el sintagma (más impreciso) de "lo nacional". Para ello, dividimos el artículo en cuatro apartados. El primero, revisa críticamente los principales estudios de corte histórico/sociológico que enmarcaron gran parte de los abordajes literarios en torno al problema de lo nacional. El segundo, se centra en la noción asociada de idioma nacional, vínculo clave entre los enfoques sociales y literarios. En el tercero, damos cuenta de estudios literarios en los que la dinámica literatura-nación se piensa en relación con obras ficcionales argentinas que sirvieron de soporte de modelos de Nación. En el cuarto apartado, invertimos la perspectiva, para visitar los estudios que se preguntaron sobre la identidad de la literatura argentina, dentro de los que cobra especial relevancia el concepto de alteridad y la relación centro-periferia. Concluimos que problematizar los textos críticos citados a partir del marco teórico que les sirvió de base permite un mejor ordenamiento y comprensión del eje literatura- nación en el campo literario argentino.

ABSTRACT

KEYWORDS

Nation

Social Disciplines

Literary Studies

Argentine Literature

Identity/ Otherness

This paper presents an interdisciplinary analysis based on one social sciences category that has been frequently discussed in literary studies: nation and its associated concepts, national identity and nationalism, which can be included in the (more imprecise) syntagm of "the national question". To this end, we divide the paper into four sections. The first one reviews the main historical-sociological studies that have framed most of the literary approaches to the problem of "the national question". The second section focuses on the associated notion of national language, a key link between social and literary approaches. In the third section, we give an insight into literary studies in which the literature-nation dynamic is explored in relation to the Argentine fiction that served as support for Nations models. In the fourth section, we reverse the perspective to revisit the studies that questioned Argentine literature identity, within which the concept of otherness and the center-periphery relationship gain special relevance. We conclude that the problematization of the critical texts cited above, taking into account the theoretical framework that served as their basis, allows us to better classify and understand the literature-nation axis in the Argentine literary field.

Fecha de envío: 29/08/2022

Fecha de aceptación: 01/03/2023

Naciones y Nacionalismos: ¿gastronomía o geología?

Cuando en 1990 Hobsbawm definió la nación como un fenómeno inherentemente moderno, y antes de que esa caracterización adquiriese la forma de una máxima en los estudios sobre el tema, la mirada antigenealógica (Palti, 2006) sobre la nación ya contaba con una extensa trayectoria. En otras palabras, la idea de que la nación –más que un fenómeno fundado en supuestas características inherentes de las sociedades o en su sustrato étnico (como consideran las teorías genealógicas)– poseía un origen preciso demarcado por las coordenadas histórico-políticas de fines del siglo XVIII tenía, para el año en que Hobsbawm publica su famoso libro *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, una considerable aceptación en el campo académico. De hecho, podría decirse que “la explosión discursiva sobre el concepto de identidad”, que para Stuart Hall ([1996] 2003: 13) distingue a los últimos años del siglo XX, es resaltada previamente por el propio Hobsbawm, aun si para hacerlo recurre a un interrogante muy poco ortodoxo: ¿qué pasaría si un “historiador intergaláctico” intentase comprender el significado de nación, ya que, “después de estudiar un poco, sacaría la conclusión de que los últimos dos siglos de la historia humana del planeta Tierra son incomprensibles si no se entiende un poco el término nación” (Hobsbawm, [1990] 2012: 9)?

Si bien la nación, la nacionalidad, el nacionalismo son términos que han resultado notoriamente difíciles de definir (Anderson, 1993: 19), ese supuesto historiador extraterrestre encontraría una aproximación a la respuesta en los abundantes textos sobre el tema escritos entre 1968 y 1988. En esa etapa, el número de obras que verdaderamente esclarecen lo que son las naciones y los movimientos nacionales (y su papel en el devenir histórico) es mayor que “en cualquier período anterior con el doble de duración” (Hobsbawm, 2012: 12). Sin agotar la lista, Hobsbawm menciona¹ a Joshua Fishman (1968), John W. Cole y Eric R. Wolf (1974), Charles Tilly (1975), Jenő Szücs (1981), John A. Armstrong (1982), John Breuilly (1982), Ernest Gellner (1983), Benedict Anderson (1983), Anthony D. Smith (1983), Miroslav Hroch (1985) y Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1989).

¹ Como antecedentes de este período, Hobsbawm destaca los trabajos pioneros de Ernest Renan (1882), Carleton B. Hayes (1926) y Hans Kohn (1944).

No obstante, esta pluralidad de textos críticos sobre la nación necesita de una segunda distinción que complemente la diferenciación, guiada por Palti (2006), entre teorías antigenealógicas y genealógicas. Este aporte puede ser realizado de la mano del teórico inglés Anthony Smith. En "¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones" (2000) Smith escinde entre acercamientos "geológicos" y "gastronómicos" de la nación. Los primeros, al que el propio Smith dice haber llamado perennialistas en versiones anteriores,² consideran que el pasado étnico explica el presente nacional. Por lo tanto, al igual que la sucesión de estructuras geológicas, el desarrollo moderno de la nación no puede comprenderse sin aprehender las diferentes etapas de las formaciones sociales previas. Por el contrario, las teorías gastronómicas entienden la nación moderna como un "artefacto compuesto ensamblado con una rica variedad de fuentes culturales" (Smith, 2000: 187), entre ellas se encuentran la historia, los símbolos, los mitos y las lenguas. Hasta ahí, la propuesta no es muy distante de la Palti. La diferencia es que Smith remarca la brecha existente entre las teorías gastronómicas. Sostiene que los primeros enfoques modernistas sobre la nación asumían que las naciones, una vez formadas, eran comunidades reales de cultura y poder. En cambio, en su versión más "radical" (Smith, 2000: 185) las aproximaciones gastronómicas a la nación sostienen la condición imaginaria de la comunidad nacional y la naturaleza ficticia de los mitos unificadores.

Aun teniendo presente la anterior distinción, importa establecer una serie de continuidades. Entre los títulos citados por Hobsbawm, se encuentra *Naciones y nacionalismo* de Gellner, ya en 1983, se había advertido que es el nacionalismo lo que "engendra las naciones" y no a la inversa. Concretamente, y como se evidencia en la similitud entre ambos títulos, la teoría de Gellner es la base de *Naciones y Nacionalismos desde 1780*. Hobsbawm retomará de su predecesor el elemento de artefacto, invención e ingeniería social que interviene en la construcción de naciones; también, la idea de que la nación responde a una necesidad de homogeneización coherente con los procesos de modernización de los Estados europeos. No obstante, si para Gellner el principal objetivo de la construcción nacional era impulsar la movilidad en la estructura ocupacional que exigía la sociedad industrializada a partir de una masa trabajadora cualificada, móvil e intercambiable, Hobsbawm, sin dejar de reconocer este componente, hace hincapié en la dimensión política del fenómeno al subrayar "el proceso de invención e ingeniería social que

² Al respecto véase Smith (1983 y 1998). En el segundo ensayo, Smith divide entre teorías perennialistas, modernistas y posmodernistas.

interviene en la construcción de las naciones por parte de los estados y los nacionalismos” (Hobsbawm, 2012: 18). Nos interesa remarcar que la principal crítica que Hobsbawm realiza a la teoría de Gellner es que sostiene una perspectiva “desde arriba” de la modernización y por esto no presta la debida atención a su contraria, la visión “desde abajo”. Con este cambio de mirada, se refiere a la nación tal como la ven, “no los gobernantes y los portavoces y activistas de movimientos nacionalistas (o no nacionalistas), sino las personas normales y corrientes que son objeto de los actos y la propaganda de aquéllos” (Hobsbawm, 2012: 19). En consecuencia, no existe para Hobsbawm una correspondencia necesaria entre, por un lado, el pensamiento de las ideologías oficiales y, por el otro, el de sus ciudadanos o partidarios; del mismo modo, considera erróneo escindir la identificación nacional del resto de las construcciones identitarias que conviven en un individuo. Finalmente, el historiador marxista inglés entiende la identificación nacional como un fenómeno mutable acorde a la diversidad social y regional, y cuyos deslizamientos pueden incluso percibirse en períodos acotados de tiempo. Al realizar un seguimiento del uso social y político del concepto de nación, Hobsbawm comprueba, a la vez que su modernidad, la permeabilidad de su significado a lo largo del tiempo.

Como señalamos, tanto la teoría de Gellner como la de Hobsbawm forman parte (si nos abstenemos de la clasificación de Palti) de las teorías antigenealógicas que sostienen el presupuesto de la modernidad y el carácter de constructo del concepto de nación. Estas concepciones proliferan luego de la Primera Guerra Mundial y gracias al afianzamiento de una noción de temporalidad que rompe con la idea de procesos teleológicamente ordenados al pensar la existencia de quiebres cualitativos permanentes en el orden y la estructura del mundo. En consecuencia, la identidad nacional moderna no estaría determinada según un sustrato cultural objetivo, sino que sus basamentos responden a una articulación contingente de discursos que crean una ficción homogeneizadora a fines del siglo XVII (Palti, 2006). No obstante, esta nueva figuración de origen presenta mayor fortaleza y un nivel de consenso más elevado en las teorías de las últimas décadas del siglo XX, en las que no solo las ideas modernas de la nacionalidad se evidenciarían como constructos ideológicos, sino que también lo haría toda forma de comunidad nacional (Palti, 2006). En estos derivados se afianzan las aproximaciones gastronómicas descritas por Smith.

El clásico libro de Anderson, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo* ([1983] 1993), pertenece a este próspero período de teorías sobre la nación. Su enorme influencia en el

campo de los estudios culturales y en los estudios argentinos dedicados a la literatura americana que nos detengamos brevemente en algunas de las conceptualizaciones que despliega.

Anderson define la nación como una "comunidad política imaginada inherentemente limitada y soberana" (Anderson, 1993: 23). Si bien la teoría de Anderson es bastante conocida, esto no impidió que la definición fuese varias veces víctima de un reduccionismo alentado, entre otros factores, por el título de la obra. Más que como "inherentemente limitada y soberana" la concepción de nación de Anderson quedó muchas veces circunscripta a la idea de imaginación. Caer en el olvido de la frase completa no deja de ser tentador para el campo de los estudios literarios, ya que permite asimilar la imaginación poética a los imaginarios nacionales y, en breve cuenta, asumir que las operaciones estéticas desplegadas en un texto literario temáticamente acorde son escenarios privilegiados para construcciones identitarias nacionales. Esta presunción no es en sí misma ni cierta ni errada. El problema es que la solución a su ambivalencia no reside únicamente en mesurar el salto entre la esfera social y la literaria. Más aún porque Anderson dedica gran parte de su obra a explicar la incidencia de la temporalidad de la novela moderna en la aprehensión de la nación como una comunidad. Según explica, la nación moderna se configura alrededor de una concepción del tiempo transversal instrumentado por la novela en el XVIII. Basándose en la clasificación de Walter Benjamin del "tiempo homogéneo, vacío" y en la idea de "simultaneidad" de Eric Auerbach, entiende que la construcción de un lector omnisciente capaz de conocer la conexión, oculta para sus protagonistas, entre peripecias que suceden al mismo tiempo genera el imaginario de un conjunto cohesionado socialmente, es decir, produce la idea de una nación en tanto "una comunidad sólida que avanza sostenidamente de un lado a otro de la historia" (Anderson, 1993: 48). Pensamos que, como en tantas otras problemáticas del campo cultural, la dinámica entre la individualidad creadora y el resto de las discursividades con las que dialoga —que exceden el universo literario— matiza las proyecciones voluntaristas de las configuraciones de tinte nacional. En otras palabras, no toda obra que tematice sobre la nación funda o configura necesariamente una construcción identitaria ni tampoco funciona como elemento de validación o socavamiento de las conformaciones comunitarias consensuales de los Estados-nación. En este sentido, vale recordar la advertencia que Palti (2006) hace sobre el aspecto "imaginativo" presente en la definición de Anderson y que deriva

de la diferenciación que el propio teórico irlandés realiza con posturas como las de Gellner, que confunden invención con falsedad:³

La “construcción imaginaria” de una comunidad indica, en última instancia, las condiciones para la plausibilidad o no, en cada caso, de las apelaciones ideológicas respectivas de los nacionalistas, pero no se confunde con estas, puesto que las precede. La idea de “comunidad imaginada” no refiere, pues, a la nación en tanto construcción ideológica, como suele interpretarse, sino que remite al sujeto de tal construcción (el pueblo) (Palti, 2006: 113).

Para Anderson una nación es imaginada en tanto sus miembros se imaginan aun sin conocerse como parte de una misma comunidad. En este punto, la teoría de Anderson converge y refuerza la preocupación de Hobsbawm por la “visión desde abajo” de lo nacional. Los otros dos términos de la definición de Anderson (las características de “limitada” y “soberana” de la nación) son consecuentes con esta perspectiva. La nación se considera como limitada porque los miembros de una comunidad se piensan dentro de fronteras finitas “más allá de las cuales se encuentran otras naciones” (Anderson, 1993: 25). Además, se piensa como soberana por depender de la potestad del Estado y no ya de un poder ontológico derivado de una autoridad divina. A su vez, para el caso de las naciones latinoamericanas, es interesante prestar atención al capítulo X “El censo, el mapa y el museo” que Anderson agrega en su segunda edición de 1991. En este capítulo, suma a su análisis sobre los cambios en la aprehensión del tiempo las modificaciones producidas en la concepción del espacio luego de la llegada de los europeos a América. Según su hipótesis, “el censo, el mapa y el museo” son las formas en el que el Estado colonial, al querer asir sus nuevos territorios y a sus habitantes, termina engendrando de manera inconsciente y dialéctica “la gramática de los nacionalismos que, a la postre, surgió para combatirlos” (Anderson, 1993: 15).

El otro clásico de las teorías antigenealógicas –según la clasificación de Palti (2003)– o gastronómicas –según categoriza Smith (1995)– que comparte con el libro de Anderson la primacía en los estudios literarios sobre “lo nacional” es *Nación y Narración* de Homi Bhabha ([1990] 2010). Este libro ya se inserta dentro de las perspectivas teóricas del poscolonialismo. Surgidas en el ámbito académico de Inglaterra y

³ Anderson observa que la idea de invención de las naciones que expone Gellner en *Naciones y nacionalismo* conduce a una contraposición entre naciones “verdaderas” y naciones “falsas”. Para Anderson, por el contrario, las naciones deben distinguirse según el “estilo” con el que son imaginadas.

Estados Unidos, con el aporte fundamental de teóricos nacidos en el “tercer mundo” pero emigrados a Inglaterra: Edward Said, palestino, y Homi Bhabha, de origen persa, pusieron el foco en las miradas cruzadas entre Oriente y Occidente, en cómo hablar de o representar al “otro” y en el estatus del sujeto “subalterno”. En este sentido, podríamos decir que la “visión desde abajo” se “desmembra”: las teorías sobre la nación desde una perspectiva poscolonial ya no piensan “el pueblo” en tanto colectivo uniforme; por el contrario, lo perciben como un cuerpo heterogéneo, mutable y fragmentario. Esto lleva a Smith (1998) a catalogar *Nación y Narración* dentro de las teorías que van más allá (“beyond”) de la modernidad. En otras palabras, son teorías que pueden circunscribirse, si bien aclara que de una manera un tanto laxa, dentro de un paradigma “posmoderno”. Por lo tanto, al problematizar la asunción de la dimensión sociológica y el poder de las ideologías nacionalistas en la conformación de las naciones, ya no pretenden producir una teoría general causal sobre el surgimiento de las naciones anclada en la estructura social. Sin subvertir el paradigma “modernista” (como sí lo hace el perennialismo), extienden su preocupación hacia lo que consideran una fase posmoderna del desarrollo social. De este modo, la descomposición de la idea de “nación” y “nacionalismo” abre camino a la asunción de la nación como un artefacto cultural que lejos de ser unívoco es plausible de ser deconstruido desde perspectivas múltiples. Algunas de sus preocupaciones centrales son la inmigración y la hibridación; la descomposición de las narrativas tradicionales en los procesos de descolonización; el rol de las divisiones de género en las construcciones de la nación; las relaciones entre globalización, supranacionalidad e identidad nacional, y la participación de los grupos subalternos en la creación de la nación.

En efecto, el centro de interés de Bhabha no son los movimientos nacionalistas, sino las tradiciones de escritura que han “procurado construir narrativas de lo imaginario del pueblo-nacional” (Bhabha, 2010: 400). Para Bhabha, la nación es un sistema de significación fundado sobre todo en la narración del “pueblo”, al que define como una estratégica retórica compleja de referencia social. Las narrativas del pueblo operan guiadas por una doble y escindida significación que erosiona la imagen de una identidad nacional homogénea. Así, “el pueblo” está atravesado por un tiempo doble: el tiempo pedagógico continuista y acumulativo que constituye a sus integrantes como “objetos” de un *a priori* fundado en la tradición (en un origen ya dado) y el tiempo performativo “continuamente repetido y escenificado” –al decir de Chatterjee (2008) en su perspectiva sobre Bhabha– que le

confiere el rol de “sujetos” de un proceso de significación marcado por el presente enunciativo. La permanente oscilación que se produce entre la nación como algo al mismo tiempo objetivo y construido refuta cualquier derecho de supremacía cultural. Dado que la significación de la nación es, por lo tanto, incompleta y en constante elaboración, las fronteras o los límites que la circunscriben (y que construyen la distancia entre un “nosotros” y los “otros”) se convierten en “espacios intermedios a través de los cuales se negocian los significados de la autoridad cultural y política” (Bhabha, 2010: 15). La consecuencia de este espacio de “liminalidad” que produce el sistema de significación ambivalente de la nación es que “la minoría, el exiliado, el marginal y el emergente” se trasladan del afuera fronterizo al adentro del pueblo nacional; es decir, que la diferencia cultural deje de ser la amenaza de un pueblo ajeno para convertirse en “una cuestión de la otredad del pueblo-como-uno” (Bhabha, 2010: 397). Es por eso que las minorías no se relacionan con el discurso pedagógico de la nación de manera confrontativa, sino que se adhieren a ese discurso como un suplemento que obstaculiza su capacidad generalizadora. Por lo tanto, la fuerza de la diferencia cultural reside en la renegociación constante de las tradiciones que constituyen la narración nacional.

Como podemos observar, Bhabha comparte con Anderson la preocupación por las imágenes construidas de “lo nacional”; sin embargo, marca una diferencia que será crucial para el desarrollo crítico posterior. Esta es el abandono de la concepción de un origen constitutivo y fundacional de la idea de nación para pasar a pensarla desde una dimensión performativa en constante actualización y negociación.

Siguiendo el camino abierto por Bhabha y también desde la perspectiva de los estudios poscoloniales y desde la realidad de su India natal, Partha Chatterjee ([2006] 2008) considera que el espacio-tiempo “vacío y homogéneo” –propio de la modernidad y el capitalismo que define la comunidad nacional según Anderson (1983)– difiere del tiempo real de la vida moderna. Para el teórico indio, la idea de un tiempo homogéneo es una utopía eurocentrista⁴ y propone, por el contrario, pensar la nación desde la realidad del mundo poscolonial al que considera “la mayoría del mundo moderno” (Chatterjee, 2008: 116). Reestablecer un marco político utópico no es una opción para un mundo poscolonial que emerge cuando el espacio-tiempo épico y mítico de la modernidad ha quedado como rémora del pasado y cuando las asimetrías producidas y legitimadas por los universalismos del nacionalismo han quedado

⁴ Además, Chatterjee entiende que asociar la modernidad al capitalismo produce una caracterización de las resistencias como arcaicas o atrasadas.

evidenciadas. La potencia de la fragmentación y del “otro” invisibilizado por el discurso homogeneizador de lo nacional –diagnóstico propio de las teorías posmodernista– se ancla en el caso de Chatterjee en una dimensión fuertemente política. El tiempo real es denso y heterogéneo, ya que está enmarcado dentro de prácticas políticas de la “gubernamentalidad”. Este concepto, elaborado por Foucault (2006), implica una reversión de las políticas de los nacionalismos estatales: más que en el análisis de las ideologías sobre las que se respaldaron, busca su foco en las estrategias e instituciones constituidas como dispositivos de control sobre la población (Topuzian, 2017). La gubernamentalidad opera así sobre un cuerpo social heterogéneo al actuar sobre múltiples grupos de población hacia los que desarrolla diversas estrategias. En este sentido, se opone al ejercicio igualitario y uniforme de los derechos, derivado de la noción de ciudadanía constituida por el ideal universal de la nación. Es decir, contrasta con el modelo occidental que los Estados poscoloniales asumieron luego de lograr su independencia. Las categorías propias de la gubernamentalidad –los “Refugiados, campesinos sin tierra, trabajadores eventuales, personas sin techo bajo la línea de la pobreza” (Chatterjee, 2008: 133)– son las únicas capaces de articular las reivindicaciones políticas de los subalternos al señalar las contradicciones de un orden capitalista que “tiene que mantener el dominio de clase bajo las condiciones de la democracia de masas” (Chatterjee, 2008: 188). Por lo tanto, para Chatterjee, tanto el teórico poscolonial como el novelista poscolonial tienen “necesariamente [que] ensuciarse las manos en el complicado mundo de las políticas de la gubernamentalidad” (Chatterjee, 2008: 85). Su construcción identitaria nacional se funda en la idea de una “sociedad política”⁵ y no civil y en un tiempo desigual que responde a las diferentes experiencias de los distintos grupos sociales y en los que participan también formas comunitarias⁶ precapitalistas que fueron excluidas de los Estados nacionales contemporáneos. De esta forma, el nacionalismo anticolonial, su imaginación nacionalista, radica no solo en una identidad diferente, sino “en una *diferencia* respecto a los formatos modulares conformadores de sociedades nacionales propagados por el Occidente moderno” (Chatterjee, 2008: 92). Por eso, el nacionalismo anticolonial forja su propio espacio de soberanía dentro de la sociedad colonial mucho antes de iniciar su lucha política anticolonial. Lo logra al

⁵ En su introducción al libro de Chatterjee (2008), Víctor Vich define la concepción de sociedad política de Chatterjee como “la presencia nunca unificada de los ciudadanos: a grupos fragmentados, con intereses particulares, los cuales son también interpelados fragmentariamente” (Chatterjee, 2008: 11).

⁶ Para Chatterjee solo hay comunidad en la medida en que hay otro que posee un poder que la excluye (Vich, 2008).

dividir el mundo de las instituciones y las prácticas sociales en dos campos: el material y el espiritual. El material (de la economía, de lo estatal, de la ciencia y de la tecnología) al que Chatterjee denomina el campo de lo "exterior" es el que queda bajo el dominio del Estado colonial; el campo espiritual o interior, si bien se ve alterado por los procesos de colonización, se mantiene fuera de los dominios del Estado colonial. Es esta característica la que particulariza de manera históricamente significativa los nacionalismos de la periferia debido a que, "en su dominio verdadero y esencial, la nación puede ser soberana, aun cuando el Estado esté en manos del poder colonial" (Chatterjee, 2008: 94). Finalmente, la ambición de Chatterjee no es solo mostrar una divergencia entre la "narrativa de la comunidad" y la "narrativas del capitalismo" (Vich, 2008) (a la vez que evitar la oposición entre cosmopolitismo global y chauvinismo étnico), sino imaginar nuevas formas del Estado Moderno que generen un lenguaje teórico que permita "hablar sobre comunidad y Estado al mismo tiempo" (Chatterjee, 2008: 101).

Las teorías antigenealógicas no se limitan a las que recuperamos en este apartado. Si decidimos ceñirnos a las conceptualizaciones de Hobsbawm, Anderson, Bhabha y Chatterjee es porque vemos en ellas herramientas teóricas productivas para el análisis crítico del complejo universo de las configuraciones identitarias de carácter nacional dentro del campo literario y, en concreto, argentino. En específico, nos interesa la idea de "visión desde abajo" de la nacionalidad, diferenciada de la de las ideologías oficiales y de los movimientos políticos (Hobsbawm, 2012); la percepción de que los instrumentos materiales de la producción cultural posibilitan la imaginación de las comunidades nacionales (Anderson, 1993); la atención a las narrativas de la nacionalidad atravesadas por una doble temporalidad que subsume a la nación a una tensión permanente y en la que las minorías son capaces de negociar sus significados (Bhabha, 2010) y, finalmente, la particularización de los nacionalismos de la periferia por fuera de las modulaciones europeas y desde la conformación de narrativas comunitarias opuestas a las formas del Estado capitalista pero no necesariamente de todo tipo de Estado (Chatterjee, 2008).

El idioma nacional

La idea de que la identidad nacional argentina se aleja no solo de explicaciones de orden "geológico", sino también de un único momento fundacional es un punto general de concordancia en la crítica dedicada al análisis de las relaciones entre literatura y nación de nuestro país. En

gran parte, esta suerte de tensión identitaria respecto de las concepciones normalizadoras y pedagógicas de lo nacional es propia de la realidad latinoamericana: está marcada principalmente por las contradicciones inherentes a la generación de una literatura nacional a partir de una lengua heredada por el Estado colonial.⁷

La lengua y la identidad nacional, si bien no necesariamente convergentes, son dos nociones asociadas de manera indiscutible. En mayor o menor medida, la lengua es una de las fuentes culturales que componen el artefacto que es la nación moderna. Dentro de las páginas que, tanto desde el ámbito de la crítica literaria como en el de la lingüística, se han ocupado del tema,⁸ nos interesa destacar las realizadas por Itamar Even-Zohar. El teórico israelí parte del formalismo⁹ para plantear que la literatura debe entenderse como un “polisistema” que se vincula y se transforma con relación a una serie heterogénea de elementos dinámicos pertenecientes al resto de las actividades humanas: estratificación de los sistemas centrales y periféricos; repertorios (leyes y elementos que rigen la producción de textos) canonizados y no canonizados; canonicidades estáticas y canonicidades dinámicas; tipos de repertorios primarios (innovadores) y secundarios (conservadores); y relaciones de transferencia y transformación. En resumen, por “literatura” el teórico israelí entiende “todo un conjunto de actividades, solo parte de las cuales son los ‘textos para ser leídos’, o ‘textos para ser escuchados’, o incluso ‘comprendidos’ [...] estas actividades incluyen la producción y el consumo, el mercado y las relaciones de negociación entre normas” (Even-Zohar, 1994: 362). Por lo tanto, el (poli)sistema literario pertenece, a su vez, a un (poli)sistema mayor que es el de la cultura. Ambos polisistemas son de naturaleza isomórfica:

⁷ Susana Santos (2000) da cuenta de que la dualidad quechua-español lleva a José Carlos Mariátegui a reforzar su idea de la que la relación nación-literatura se basa en elementos unificadores que descansan en conceptos homogeneizadores acorde al orden capitalista. Para Mariátegui, el vínculo literatura nación construido como un fenómeno natural sí resulta arbitrario, puesto que “no sólo configura historias de literaturas nacionales como objetos cerrados en correspondencia con límites de fronteras, que son meros trazados políticos, sino que también no observa ningún criterio estético que valore la cualidad literaria” (Santos, 2000: 133).

⁸ Sobre este punto, véase, por ejemplo, Narvaja de Arnoux, E. y R. Bein (1999) y Narvaja de Arnoux, E.; Bein, R. y C. Luis (2003).

⁹ Según Even-Zohar (1990) la idea de que los fenómenos semióticos pueden entenderse y estudiarse de modo más adecuado si se los considera como sistemas posee dos tradiciones principales, a saber, la “teoría de sistemas estáticos” y “teoría de sistemas dinámicos”. La primera tiene su base en la escuela de Ginebra, la segunda tiene sus raíces en los trabajos de los formalistas rusos y de los estructuralistas checos.

Ya no es necesario asumir que los hechos sociales, por ejemplo, han de encontrar una expresión inmediata, unidireccional y unívoca en el nivel del repertorio literario, como a la sociología primitiva a la Historia de las Ideas, Marxismo (ortodoxo) incluido, les gustaría que creyésemos. Las intrincadas correlaciones entre estos sistemas culturales, si se los contempla como de naturaleza isomórfica y como funcionales sólo en el seno de un todo cultural, pueden observarse sobre la base de sus intercambios mutuos, que a menudo ocurren de modo oblicuo, esto es por medio de mecanismos de transmisión, y a menudo a través de periferias. (Even-Zohar, 1990: 15)

La perspectiva sistémica de Even-Zohar le permite analizar el papel de la literatura y de la lengua en la cohesión socio-cultural necesaria para la fundación de Estados nacionales. En consonancia con la dinámica tensa entre sistemas centrales y periféricos dentro de la literatura, comprueba una diferenciación en el lenguaje entre su implementación como herramienta administrativa del Estado y su concepción en tanto "vehículo cargado de valor simbólico" (Even-Zohar, 2007: 188). El centro de su interrogación está puesto en la jerarquía de los factores que operan en el vínculo generado entre los mecanismos semióticos y los mecanismos culturales. Según su hipótesis, las ideologías que determinan los objetivos de una sociedad son los organizadores de nivel superior. Dado que, desde el siglo XVIII, la ideología más poderosa es la nacionalidad, la lengua (como un elemento cultural disponible pero especialmente eficaz) fue elegida el vehículo privilegiado para lograr una identidad nacional común entre grupos heterogéneos. Por esta razón, Even-Zohar sostiene que la diversidad lingüística es capaz de ser aceptada pacíficamente como un hecho de la realidad cultural, siempre y cuando no entre en conflicto con la ideología de los organizadores semióticos de nivel superior. Al mismo tiempo, y por la misma causa, indica que "mediante la adopción de una lengua determinada, una determinada población o un determinado grupo de la sociedad manifiesta qué identidad desea mostrarse a sí misma y qué identidad desea mostrar al resto del mundo" (Even-Zohar, 2007: 188). Ambas afirmaciones convergen en una última conclusión: una ideología alternativa con respecto a la nacionalidad podría también convertir a la lengua en una herramienta de lucha.

Encontramos también necesario reseñar algunas observaciones al respecto en las teorías "gastronómicas" ya anotadas y presentar una breve reconstrucción del tema en la Argentina.

En principio, es notorio observar que las perspectivas que, por un lado, defienden de manera taxativa la idea de la nación como una

construcción propiamente moderna, por el otro, resultan más ambivalentes respecto del rol de la lengua en las configuraciones identitarias de la nación. Para Hobsbawm (2012) si bien es evidente que la lengua en el sentido "herderiano", hablada por el *Volk* (*pueblo*),¹⁰ no era un elemento indispensable en la formación del protonacionalismo, sin embargo, "no era necesariamente ajena a [él]" (Hobsbawm, 2012: 68). A saber, aunque considera que la lengua de un pueblo es en gran parte un "artefacto cultural" (Hobsbawm, 2012: 121), advierte que

[...] indirectamente llegaría a ser central para la definición moderna de la nacionalidad y, por ende, también para su percepción popular. Porque donde existe una lengua literaria o administrativa de élite, por pequeño que sea el número de los que la usan, puede convertirse en un elemento importante de cohesión protonacional. (Hobsbawm, 2012: 68)

Anderson es más contundente respecto del rol de la lengua en la conformación de las naciones al entender que forma la base desde la que puede concebirse una comunidad como la nación. Señala que el concepto herderiano de la lengua del *Volk* ejerció una amplia influencia "sobre el desarrollo teórico subsecuente acerca de la naturaleza del nacionalismo" (Anderson, 1993: 103). Sin embargo, el papel que ocupó la lengua en las comunidades antiguas, que la baja alfabetización ayudaba a sostener como sagrado, dista de su rol en las comunidades imaginadas de la nación moderna. Para que la lengua se convirtiese en la base de una comunidad nacional moderna enmarcada en la transformación que produjo el "capitalismo de imprenta",¹¹ la sociedad tuvo que pasar de considerarla como depositaria del saber ontológico a reconocer su paridad con las lenguas vernáculas. De ahí que en Europa haya sido fundamental la "degradación" (Anderson, 1993: 37) del latín y la extensión de la alfabetización para la conformación de la nación moderna.

Según Bhabha (2010), del mismo modo que la temporalidad cultural de la nación se inscribe en una realidad social mucho más transitoria que

¹⁰ La relación entre literatura y nacionalismo tiene un sustrato anterior a los nacionalismos culturales en la noción herderiana de *Volkgeist* que influyó profundamente en los románticos e impulsó el giro hacia la valorización de las lenguas vernáculas y el estudio de las literaturas nacionales (Gramuglio, 2013: 69). Herder define la nación desde una perspectiva organicista atravesada por una fuerza interior, un instinto "natural y popular", el *Volkgeist*, superior a todos los individuos, y que se traduce en su lengua (Jurt, 2016: 19).

¹¹ De acuerdo con Anderson (1993), el capitalismo de imprenta impulsó la concepción del tiempo homogéneo y simultáneo necesario para la imaginación de la comunidad nacional moderna. La convergencia del capitalismo y la tecnología impresa hizo posible una forma de comunidad ante la diversidad de las lenguas vernáculas.

la que sienta su emergencia en la modernidad, las narrativas de la nación deben entenderse desde la performatividad del lenguaje y no desde el “presente primitivo” de la lengua hablada por el *Volk* o de la plenitud del tiempo narrativo visualizado en el cronotopo de lo local que, según Bajtín (1986), describe el tiempo-espacio del discurso nacional. En consecuencia, la relación entre nación y lengua dista de entenderse desde el imaginario de un tiempo homogéneo y vacío para ligarse al lugar de enunciación, inestable, del sujeto subalterno.

Finalmente, Chatterjee (2008) demuestra que el desarrollo de la lengua bengalí moderna se dio por fuera de las estructuras del Estado colonizador y de los modelos literarios importados.¹² La elite bilingüe recurre al bengalí como parte de su proyecto cultural proveyéndolo del aparato lingüístico necesario para convertirlo en un idioma apropiado para la cultura “moderna”. A través de este proceso, explica Chatterjee, la *intelligentsia* bilingüe comienza a pensar su propia lengua con un sentido de pertenencia e identidad cultural. De este modo, si bien la lengua es el primer espacio sobre el que la nación reafirma su soberanía diferenciándose del Estado, lo hace, al unísono, de su transformación.

Identidades argentinas “ficcionaladas”: literatura y la construcción de la Nación

Dentro de esta permanente tensión por la identidad lingüística se inscriben también las discusiones por la definición de una literatura nacional en la Argentina. Incluso, puede pensarse su debate, siguiendo a Chatterjee, por el modo de forjar una diferencia respecto del Estado colonial o, en términos de Eve-Zohar, según la relación de sostén o de conflictividad del “polisistema” literario con los organizadores semióticos de nivel superior que le dan cohesión al Estado moderno. Por lo tanto, no es de extrañar que las ficciones argentinas y la serie política parezcan siempre converger en un entramado inestable. Un momento inicial de esta problemática se encuentra en las periodizaciones de la literatura nacional realizadas por Juan Bautista Alberdi, Florencio Varela y José María Torres Caicedo. Sus categorías “muestran la consideración de la historia literaria desde su especificidad nacional diferente a la europea” (Santos, 2000: 139) y por fuera de los patrones europeos de Neoclasicismo y Romanticismo. Por su parte, Alejandra Laera (2014a) considera que el papel de los literatos en las luchas emancipatorias de 1810 dio lugar a una serie problemática que recorrerá, con

¹² Según Chatterjee (2008), los novelistas bengalíes emplearon características del registro oral que aproximaban sus escritos a piezas teatrales en busca de mayor verosimilitud.

reconversiones, toda la historia literaria argentina: la de literatura y política.¹³ Para Ricardo Piglia (2016), la novela argentina se desarrolla a partir de una constante tensión con la narración pública del Estado; siguiendo a Paul Valéry,¹⁴ Piglia considera que estas ficciones del Estado, que funcionan como un tipo de “relato colectivo cristalizado” (Piglia, 2016: 1), son claves para sostener el poder estatal. Más recientemente, Jorge Panesi (2018) vuelve a pensar la relación entre política y crítica argentina para señalar la seducción que para la política ejercen los relatos literarios y “también la seducción de la literatura y de la crítica por insertar sus narrativas en un contexto de difusión más amplio” (Panesi, 2018: 15). Por supuesto, la relación entre el discurso literario y la política tiene un momento paradigmático en *Literatura argentina y realidad política* (1964), de David Viñas. En su reescritura del 2007, a la que volveremos más adelante, sostiene que la historia de la literatura argentina puede leerse trenzada con los inaugurales conflictos de clase.

Estos diagnósticos resultan consecuentes con el hecho de que la “ambivalencia” o “los unos y los otros” (Adriana Rodríguez Pérsico, 2017); la “transculturación”¹⁵, retomado por Graciela Montaldo ([1999] 2004); y las “dislocaciones” (Rosman, 2003) sean algunas de las categorías escogidas por la crítica especializada para describir el papel de las constantes, y contradictorias, significaciones identitarias que se modulan en el discurso literario argentino.

Sin embargo, advertimos, por lo menos, una diferencia importante entre estas posiciones críticas. Nos parece productivo explorar y subrayar la distancia existente entre abordajes teóricos que, aun marcando sus ambivalencias, observan en los textos literarios las construcciones comunitarias homogéneas que funcionan de soporte del Estado-nación y aquellos que procuran un análisis de las formas en que la literatura, por sus propias características inherentes, fractura las posibilidades de una única construcción normalizada o monoglósica de la comunidad nacional.

Al circunscribir su análisis a los enlaces con la fundación del Estado-nación argentino, los abordajes teóricos del primer grupo ciñen

¹³ En el S.XIX esta serie conflictiva se constata en el ámbito de las letras argentina en la relación entre el hombre de letras y el de armas y entre el letrado y el pueblo (Laera, 2014a).

¹⁴ Piglia retoma una cita de la *Política del espíritu* de Valéry que resulta interesante anotar: “La era del orden es el imperio de la ficción. Ningún poder es capaz de sostenerse con la sola opresión de los cuerpos con los cuerpos. Se necesitan fuerzas ficticias” (citado por Piglia, 2016: 60).

¹⁵ La transculturación es un concepto de antropología que lo utiliza por primera vez por Fernando Ortiz en *El contrapunto cubano del trabajo y del azúcar* (1940) y, luego es retomado por Ángel Rama en *Transculturación narrativa en América Latina* (1982).

generalmente su corpus a la literatura decimonónica. En ellos están muy presentes los lineamientos de Hobsbawm y Anderson. También, en buena medida, suelen apelar como antecedente a *Ficciones Fundacionales* [1991] (2004) de Doris Sommer, donde se traza una relación inexorable entre las novelas sentimentales románticas latinoamericanas del siglo XIX y la historia de la construcción de las naciones posteriores a los procesos emancipatorios. En estas ficciones que materializan las pasiones privadas, Sommer lee una alegoría de los objetivos públicos de prosperidad nacional y de unidad conciliatoria entre antiguos enemigos de las encarnizadas luchas civiles (Sommer, 2004: 29).¹⁶ En consecuencia, al promover un modelo cohesivo del Estado nacional, las novelas sentimentales latinoamericanas funcionaron como ficciones fundacionales.

Dentro de esta perspectiva, Montaldo (1999) entiende que las "ficciones culturales y las fábulas de identidad" en América Latina toman al territorio como un agente productivo en la configuración de sus discursos. De manera más explícita, se enfoca en la forma en que se "naturalizaba esas ficciones culturales por la apelación a lo 'natural' del territorio" (Montaldo, 1999: 7). Un primer grupo de textos para los que usa el calificativo de "fundadores" está compuesto por obras de escritores que durante el proceso de independencia buscaron crear su autoridad cultural frente al modelo indiscutido de la cultura europea. Para el caso argentino, se centra en Sarmiento y en la Generación del 37. Sin embargo, su análisis se aparta de la idea de una especificidad hispanoamericana; por el contrario, elige el concepto de transculturación para analizar la forma en que las elites letradas hispanoamericanas del período emancipador renegociaron sus identidades para legitimarse como sujetos de poder. En este proceso, se produce desde los textos criollos una colonización en el interior de los propios espacios territoriales de manera bidireccional. Por un lado, y a través de la escritura de la historia, se coloniza el pasado y, por el otro, mediante la demarcación de la diferencia (la otredad de los indígenas como una totalidad homogénea), se trazan los márgenes de una nueva imaginación geográfica. Uno de los ejes particularmente interesantes del trabajo de Montaldo es que también aborda estas problemáticas en otros períodos

¹⁶ Según Sommer (2004), no existía en el siglo XIX una clara diferenciación entre la labor de estadista y la de escritor. Un ejemplo contundente lo encuentra en el análisis del pensamiento del presidente Bartolomé Mitre del prólogo de *Soledad*, una novela romántica de su autoría donde se lamenta de que "Sudamérica sea la región más pobre del mundo en cuanto a novelistas originales"; Mitre, señala Sommer, "estaba convencido de que las novelas de calidad promoverían el desarrollo de América Latina" (Sommer, 2004: 26).

históricos. En consecuencia, un segundo foco de estudio lo constituyen las nuevas negociaciones por el ingreso de América Latina a la modernización intelectual emprendidas desde “la aristocracia del espíritu” (Montaldo, 1999: 8) de los textos clásicos de *fin-de-siècle*, enmarcados a su vez en el proceso de expansión de la industria cultural. Un tercer núcleo de análisis se desarrolla en las dos primeras décadas del siglo XX, cuando las fabulas de identidad se “nacionalizan” (Montaldo, 1999: 8) ante los procesos de inmigración y de proletarización de los escritores; en estas últimas juega un rol primordial la figura del gaucho.

Por su parte, María Teresa Gramuglio propone volver una vez más sobre los textos de escritores de ideologías nacionalistas. De manera consecuente, en su corpus privilegia las obras de Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez. El objetivo de su propuesta es dejar de lado los “núcleos doctrinarios y los materiales ideológicos que ingresan en los textos de ficción” (Gramuglio, 2013: 82), para centrarse en las figuras y narrativas específicamente literarias de esas ficciones. La elección de esos textos responde al reconocimiento de un problema bastante habitual dentro de los estudios que trabajan el vínculo entre literatura y nacionalismo que es el de la imprecisión de su registro, en parte derivado de lo que considera el carácter estructuralmente dual del nacionalismo¹⁷ y la dificultad de definir conceptos asociados como nación y nacionalidad. Para Gramuglio, ni los sectores dirigentes del período de la Revolución y de las guerras de la Independencia ni quienes condujeron los procesos de organización nacional presentaron ideologías nacionalistas en el sentido estricto. Ciñéndose sobre todo a las teorías de Gellner, Hobsbawm y Anderson, se considera que el nacionalismo debe entenderse en relación con las transformaciones económicas y sociales que requieren la “congruencia entre la unidad nacional y política” (Gramuglio, 2013: 78). En consecuencia, sostiene que el primer nacionalismo argentino fue promovido por el Estado liberal que se consolida en 1880 cuando se logra alcanzar la cohesión requerida por el proceso de modernización económica. A este nacionalismo lo denomina “nacionalismo oficial” (Gramuglio, 2013: 78) y es el punto de partida para el entendimiento de sus derivados en los nacionalismos del Centenario y de los años 30, que en muchas de sus formas se organizan alrededor de las críticas a las transformaciones sociales del proyecto liberal y a cuyos autores también Gramuglio dedica buena parte de sus estudios. En este sentido es también interesante recuperar un aporte metodológico que es la

¹⁷ A partir de la lectura de Tom Nairn (1979), Gramuglio considera que el nacionalismo es ambivalente por naturaleza: conjuga adhesión a componentes irracionalistas junto con programas emancipatorios políticos, afirmaciones xenófobas en convivencia con reclamos de legitimidad de la diferencia.

consideración del nacionalismo como un “*ideario*: un repertorio de ideologemas y figuras semánticas heterogéneo que se expresó en diversas prácticas, entre ellas la literatura, en cuya esfera produjo una constelación reconocible de tópicos, narrativas simbólicas, estrategias textuales y elecciones estéticas” (Gramuglio, 2013: 71).

Otro trabajo destacable por la relectura que realiza de su propio marco teórico es el de Gabriela Nouzeilles (2000). Según propone, la literatura naturalista argentina de fin de siglo fue uno de los discursos más influyentes en la producción de hegemonía. Basándose en la idea de ficciones fundacionales de Sommer, pero desde una construcción crítica que funciona casi como su “reverso” (Rodríguez Pérsico, 2001: 798), considera que las ficciones naturalistas (a las que denomina somáticas) realizaron una “re-escritura escéptica de las articulaciones narrativas conciliadoras del romance fundacional” (Nouzeilles, 2000: 15). Según su hipótesis, más que la producción de una utopía identitaria conciliatoria, los límites de la comunidad nacional se trazaron en esta literatura a partir de la identificación de sujetos cuya otredad era supuestamente origen de múltiples formas de lo patológico que conspiraban “contra el equilibrio sociobiológico de la sociedad nacional entendida como macrocuerpo” (Nouzeilles, 2000: 131).

Adriana Rodríguez Pérsico (2017) también retoma la idea de una literatura fundacional que en el siglo XIX diseña el modelo de país. Indica que, si bien Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento rivalizan respecto de la concepción de la Nación,

[...] sus proyectos encajan de manera casi perfecta porque si uno pensó la ley, el otro diseñó la educación del país futuro y ambos crearon, con estas miras, las lenguas que en las generaciones posteriores asumieron por preciada herencia: la lengua literaria y violenta del Facundo (1845) en el caso de Sarmiento; la lengua jurídica, neutra y aseverativa, de las Bases (1852) que delineó Alberdi. (Rodríguez Pérsico, 2017: 23)¹⁸

Con respecto a los textos del Centenario, resalta la continuidad de los tópicos sarmientinos en la conformación de un discurso que establece los límites entre elegidos y excluidos en torno a los significantes de lengua y patria (Rodríguez Pérsico, 2017). La base teórica sostenida por las definiciones de comunidad de Jean-Luc Nancy (1986) y de Roberto

¹⁸ De manera coincidente, en un trabajo previo, Rodríguez Pérsico (1992) propone que en los *Viajes* (1849) de Sarmiento se elaboran modelos que concentran una serie de núcleos de identificación que permiten ser el sustrato de una comunidad política.

Espósito (1998) le permite ampliar su campo de análisis e incluye construcciones literarias donde distingue que la identidad se elabora desde la falta o la alteridad. Es decir, demarca su análisis no solo de los textos de escritores nacionalistas, sino de aquellos que elaboran un modelo totalizador de la comunidad nacional. Esta perspectiva abre, por lo tanto, su estudio hacia construcciones marginales de la identidad nacional que desmitifican los relatos fundacionales y problematizan su vinculación con el ideal comunitario del Estado-nación.

Al igual que Montaldo (1999), Fermín Rodríguez (2010) entiende el territorio como un eje central en las discusiones sobre el papel de la literatura en la configuración de la nación. Sin embargo, *Un desierto para la Nación argentina* (2010) difiere de la relación clásica que se establece entre los textos decimonónicos y la construcción de Estado nacional. Coherente con su título que invierte la relación causal del clásico de Tulio Halperín Donghi (*Una nación para el desierto argentino* [1982]), propone reconstruir el rol fundacional de la literatura argentina del siglo XIX. Esta literatura no es interpretada como la herramienta privilegiada en la generación del consenso cultural requerido por el Estado-nación; por el contrario, es el Estado el que viene a suplir un rol de vacancia construido por el discurso literario. De este modo, para Fermín Rodríguez, en el caso argentino, la imagen de la Nación precede a su efectiva conformación. Esta diferenciación no es solo temporal. Recupera, por el contrario, la especificidad del campo literario con respecto a los procesos sociales con los que se relaciona no siempre de manera subsidiaria. Como precisa Topuzian (2017), en el texto de Rodríguez, la literatura adquiere su especificidad como discurso a partir de una duplicidad de movimientos:

Por un lado, la territorialización del espacio y del paisaje que los expone, junto con sus pobladores, a los procesos de clasificación y ordenamiento, antes que de unificación u homogeneización, que requeriría el ejercicio –apenas todavía virtual– de la soberanía y la producción colectivizada: distribución de lo representable y lo irrepresentable, de lo próximo y lo lejano, de la naturaleza –vacía– y la cultura y la civilización –plenas– [...] distinción de “qué vidas tienen valor y qué muertes no valen la pena”. Por otro lado, y al mismo tiempo, el trazado de líneas nómades de fuga, de causalidades y encuentros, de anonimatos y dispersión “que organizan las jerarquías, los contornos, los límites de los mapas estatales” a través de cruces y conexiones imprevistas por los recorridos y la circulación oficiales del territorio, entre las que surge “una cartografía de algo que no podía haber sido y no fue”. (Topuzian, 2017: 33-34)

Esta idea del movimiento dual es posible de asociar con la imbricación entre el viaje y los discursos críticos y literarios de búsqueda de identidad en Latinoamérica, estudiada por Silvia Rosman (2003). A partir de las lecturas de Georges Van Den Abbeele (1992), que establecen una conexión entre el itinerario del viaje y la elaboración del discurso crítico, Rosman reelabora la tensión que produce el sistema de significación ambivalente de la nación descrito por Bhabha (2010). Por un lado, establece un concepto "económico" (Rosman, 2003: 14) del viaje cuyo centro es el "hogar [*oikos*]" entendido como punto constante de referencia de un origen, fin o meta" (Rosman, 2003: 13) y "que funciona como el comienzo absoluto y el fin de todo sentido o significación" (Rosman, 2003: 14): su objetivo es domesticar, volver el trayecto familiar. Por el otro, el viaje opera como figura transgresiva y desorganizadora de límites, ya que para que exista el desplazamiento, el origen y el destino, es decir el *oikos*, deben necesariamente mutar. De modo tal que aun los relatos de búsqueda identitaria más tradicionales hacen posible una permanente dislocación que opera en simultáneo al anclaje del discurso en una esencia trascendente y ahistórica. Por eso, Rosman sostiene la necesidad de leer los relatos de búsqueda de identidad latinoamericanos no desde un aparato crítico que indague en ellos solo una "desestabilización, un descentramiento, o una resemantización de los conceptos tradicionales que designan la comunidad" (2003: 15-16), que ya se encuentran en las retóricas de la modernidad sobre las que reposa el concepto moderno de nación. Debe también leer los textos en función de una escritura cuyas articulaciones de comunidad no estén atadas a formas sedimentadas de identidad o de representación. Por lo tanto, *Dislocaciones culturales...* "explora múltiples expresiones de 'ser común', articulaciones de comunidad que no pueden ni deben ser reducidas a posiciones sustantivas ni consideradas como fundamento de lo social: lo 'en común' está siempre abierto a ser redefinido" (Rosman, 2003: 4).

Tanto la hipótesis de Rodríguez (2010) como la Rosman (2003) estructuran la relación entre el discurso literario y la formación de la Nación desde perspectivas dinámicas que ponen en tensión el ordenamiento que implica el territorio (Rodríguez, 2010) o el trayecto del viaje (Rosman, 2003), y el desbordamiento de esos límites. Se alejan, por lo tanto, de la idea de un momento estructuralmente coincidente entre el discurso literario y la construcción de una comunidad homogénea necesaria para el Estado-nación. Se acercan (sin circunscribirse) a la noción de "tercer espacio" de Bhabha que, colocado en el intermedio entre el enunciado y la enunciación, permite romper con las fijeas identitarias. Aun así, las formas de comunidad que no llegaron a

plasmarse (Rodríguez, 2010) y las que permanecen en continua redefinición (Rosman, 2003) no se sustraen a la compleja relación entre un "nosotros" y el "otro", que recorre como problema todos los textos críticos presentados en este apartado. Como señala Rosman "El desafío sigue siendo cómo articular un pensamiento no fundacional y no-esencialista de la comunidad basado en una relación ética con el otro y en la exigencia política de un nosotros" (Rosman, 2003: 23).

En la literatura argentina, la alteridad como polo inherente de las construcciones identitarias no solo se hace presente en la conformación del imaginario comunitario nacional, sino que la relación con el "otro" es un centro gravitante en diferentes historiografías de la literatura argentina.

En el próximo apartado analizaremos esta cuestión tomando como referencia seis textos sumamente citados en el ámbito académico que discurren sobre la "argentinidad" de la literatura nacional: *Historia de literatura argentina* de Ricardo Rojas, *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas, *Literatura y subdesarrollo* y *El discurso criollista en la formación de la Argentina* de Adolfo Prieto, *El género gauchesco, un tratado sobre la patria* de Josefina Ludmer y *El nacimiento de la literatura argentina* ([2006] 2015) de Carlos Gamerro.

Figuras de alteridad. Definición de la literatura nacional argentina

Entre 1917 y 1922 aparecieron los cuatro tomos que integran la obra que inaugura la historiografía de la literatura nacional, *Historia de literatura argentina* de Ricardo Rojas.¹⁹ Para el autor, el elemento basal de la argentinidad se encuentra en el gaucho, el "otro" por antonomasia en el imaginario republicano del siglo XIX. Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández son, para Rojas, los "autores de una poesía que tendió a reflejar, por la simplicidad del relato, por el verismo de la descripción, por el regionalismo del vocabulario, la vida, las costumbres, el espíritu de nuestros gauchos, la emoción de las pampas y selvas nativas" y que "encierra los gérmenes originales de una fuerte y sana literatura nacional" (Rojas, 1943: 71). En efecto, la gauchesca es "la armazón lógica, teórica e ideológica" (Estrin, 1999: 83), la piedra fundante que estructura la literatura argentina. Sin respetar la sucesión

¹⁹ Previamente, en 1915, Rojas lanza el proyecto editorial *La cultura Argentina* (1915), una colección de libros de literatura argentina. Para el análisis de su implicancia para la constitución del canon literario argentino, así como su comparación con la propuesta sincrónica de José Ingenieros en *La Biblioteca Argentina*, véase Fernando Degiovanni (2007).

histórica, Rojas proyecta desde allí las otras tres divisiones de la literatura nacional: “los coloniales”, “los proscriptos”, “los modernos”. Si antepone el ciclo de “Los gauchescos” “no es por razones de cronología, sino por el rasgo distintivo que lo define, es decir, el haber constituido el ‘primer ensayo de un arte propio’” (t. I 57) (Romagnoli, 2020: 2015). Su sucesión de la historia literaria responde a un esquema esencialista no autoritario (Funes, 2006) con el que logra, por un lado, contestar a la pregunta por la posibilidad de una literatura nacional en “un idioma de trasplante” y, por el otro, trazar barreras que cercasen la literatura nacional frente a “la masa disolvente” (Rojas, [1909] 2010: 86) de la inmigración. Como señala Sarlo (2016), para los escritores de la elite letrada de las tres primeras décadas del siglo XX, lo que el imaginario republicano influido por Alberdi había pensado como una “buena” heterogeneidad, se estaba convirtiendo en una “mala” mezcla. En estos desplazamientos de la figura del “otro” se inscribe *La Historia de la Literatura Argentina*; junto a las verdades establecidas que viene a fracturar, también “descarta la posibilidad de que la cronología literaria argentina pueda ser un estricto sucedáneo de la historia política de la nación” (Prieto, 2011: 182). De esta forma, Rojas se permite fundar un origen literario que antecede al de la Revolución de Mayo. Establece, para ello, una definición de “lo nacional” desligado del Estado y las instituciones políticas soberanas, ya que es “el espíritu mismo de nacionalidad, y no los elementos materiales que la constituyen – territorio, política o ciudadanía–, lo que debe servirnos de criterio cuando clasifiquemos la materia literaria y queramos fijar la extensión de esta asignatura” (Prieto, [2006] 2011: 183).

Para Viñas (2017), por el contrario, la literatura argentina nace en simultáneo con una coyuntura política. *Literatura argentina y realidad política*, publicado, en su primera versión, en 1964, continúa, en sus cuatro reediciones, bajo la premisa contornista de la que proviene. Esto es la relación entre el texto literario y su contexto nacional (su contorno) o, como lee Sarlo (1983), la continuidad de las ideologías sociales, los programas políticos y las formas literarias. Si bien, como marca Martín Prieto (2011), en *Literatura argentina y realidad política* resuenan los ecos del plan rojista que había promovido la historia de la literatura argentina “como un método de investigación literaria que pudiera dar cuenta, simultáneamente, de su expresión de belleza y de nacionalidad” (Prieto, 2011: 328), su definición de la “argentinidad” en la literatura escapa de explicaciones esencialistas.²⁰ Si nace en la época de Rosas es porque en

²⁰ Laera (2010) sostiene una interpretación contraria del texto de Viñas. Al estudiar los cambios y desplazamientos alrededor de la detección de un origen en las diferentes ediciones, concluye que en la

ese momento del país la literatura local se justifica por primera vez como un proyecto nacional. Desde entonces, como indica Viñas, "la literatura argentina comenta a través de sus voceros la historia de los sucesivos intentos de una comunidad por convertirse en nación" (Viñas, 1964: 4). Nos interesa anotar que en esas construcciones comunitarias de la identidad nacional que aúnan el texto literario al contexto histórico, Viñas reelabora el papel de la otredad ya no desde la polarización, sino desde una imbricación productiva. Según esta perspectiva, la literatura argentina se desarrolla a partir de una tensión dinámica que explica su origen en la dialéctica entre fascinación y rechazo que, para los hombres del 37, expulsados al exilio, ejerce su patria natal. O, en otros términos, se despliega entre las exigencias que para esta generación ejercía el romanticismo europeo de encontrar una expresión local y la aversión que sentían por su realidad americana. La síntesis impura que permite ingresar al espacio de lo civilizado las voces en uso de la barbarie justifica la elección de Viñas de *El matadero*, junto con *Amalia*, como libro iniciático en la edición de 1971. Explica también la famosa "violación" con la que de manera provocativa le da origen a la literatura argentina ese mismo año que, en el 2005, reformula para decir que "la emergencia de la literatura argentina se trenzaba así con los inaugurales conflictos de clase" (Viñas, 2017: 24).

Cuatro años después de la aparición de *Literatura argentina y realidad política*, Adolfo Prieto, otro de los miembros de *Contorno*, publica *Literatura y subdesarrollo* ([1968] 2014). Desde un abordaje sociológico del objeto literario, este libro estudia el proceso de formación de la literatura argentina enmarcado en su posición dentro del esquema mundial. Las relaciones de dependencia económica y subdesarrollo tienen su correlato superestructural en dos manifestaciones: el satelismo cultural y, su reacción, el nacionalismo. El primero genera que las realizaciones culturales locales se midan de acuerdo con una sociedad modelo externa a la que se sacraliza; el segundo, formado como contrapartida, surge de la conciencia de la dependencia económica y de la distancia que separa a la propia comunidad frente a otras más desarrolladas. Prieto se interesa por la imagen literaria que "recoge" ese último "sentimiento" (Prieto, 2014: 80) y la clasifica en tres vertientes principales. La primera corresponde a una literatura de indagación de los rasgos característicos de la nacionalidad y que tiene su irrupción más categórica en la ensayística de los 30; la segunda reúne las producciones literarias que

historia de la literatura argentina de Viñas resuena un "esencialismo de corte nacional [...] cuando la literatura es condenada a narrar una y otra vez su origen, a repetirse, a contar diferentes versiones de la misma escena" (Laera, 2010: 166).

desde su temática incorporan elementos socialmente definitorios de la nacionalidad (el paisaje, la historia, la lengua, etc.); la última se refiere a las literaturas que construyen o formulan mitos sobre la nacionalidad. Dos factores principales nos interesan resaltar de la perspectiva teórica de Prieto. En primer lugar, se encuentra el hecho de que la especificidad de una literatura argentina se desprende de un "nosotros" que se constituye desde la otredad –la del subdesarrollo– impuesta por el esquema internacional. Es decir, ya no se trata únicamente de las tensiones internas entre las voces marginales y las "civilizadas", sino de las potencialidades expresivas de una anomalía que afecta con diversa intensidad y profundidad a toda la Nación. En segundo lugar, es relevante que Prieto introduzca la variante del "satelismo cultural" (Prieto, 2014: 63) al interior del diagrama político geográfico argentino. Esto conduce, por un lado, a pensar la influencia de Buenos Aires como modelo cultural en las producciones literarias del interior del país; por el otro, a destacar el rol del regionalismo literario por fisurar "la apariencia de homogeneidad impuesta al país por los sucesos políticos y la historia económica de los últimos cien años" (Prieto, 2014: 115).

También de Adolfo Prieto es *El discurso criollista en la formación de la Argentina Moderna*. Escrito en 1988, continúa con la perspectiva sociológica de la literatura, pero con una aproximación a la historia de la cultura (Croce, 1999) y focalizado en las teorías de la recepción. En este libro analiza las implicancias del discurso literario en la formación de la Argentina moderna atravesada por la incorporación masiva de lectores provenientes de los sectores populares, en gran parte inmigrantes. A diferencia de los albores del proceso de organización nacional, cuando la vida rural y el gaucho eran asociados a la barbarie y de cuya antinomia con la civilización fue fundante el *Facundo* de Sarmiento, el criollismo, que unió en el siglo XIX con el XX argentino, también fusionó distintos sectores sociales en un mismo imaginario de comunidad nacional:

El tono predominante fue el de la expresión criolla o acriollada; el plasma que pareció destinado a unir a los diversos fragmentos del mosaico racial y cultural se constituyó sobre una singular imagen del campesino y de su lengua [...]. Para los grupos dirigentes de la población nativa, ese criollismo pudo significar el modo de afirmación de su propia legitimidad y el modo de rechazo de la presencia inquietante del extranjero. Para los sectores populares de esa misma población nativa, desplazados de sus lugares de origen e instalados en las ciudades, ese criollismo pudo ser una expresión de nostalgia o una forma sustantiva de rebelión contra la extrañeza y las imposiciones del escenario urbano. Y para muchos extranjeros pudo significar la forma inmediata y visible de esa

asimilación, la credencial de ciudadanía de que podían muñirse para integrarse con derechos plenos en el creciente torrente de la vida social. (Prieto, 2006: 18-19)

Prieto sitúa su análisis entre 1880-1910. Interesa este recorte temporal porque el imaginario transversal de una Argentina criolla coincide con el de la conformación del Estado-nación argentino situado por gran parte de la historiografía en 1880. No resulta difícil aventurar que el papel de la literatura criollista en el modo de “pensar” la Nación argentina es estructuralmente análogo al que Anderson despliega para la novela decimonónica en el caso europeo.

El mismo año que sale de imprenta *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* se publica *El género gauchesco, un tratado sobre la patria* de Josefina Ludmer. Para Ludmer ([1988] 2000) la literatura nacional se funda en los intentos por domesticar o acallar la voz de quienes amenazan el modelo que desde 1937 construye de manera hegemónica el proyecto civilizador. Definir la literatura nacional desde el aparato de inclusiones y exclusiones de las voces subalternas que constituye el género gauchesco y de las operaciones de sublimación de la voz del gaucho durante la constitución del Estado moderno conforma una manera inicial desde la cual pensar el uso de formas idiomáticas marginales en las construcciones identitarias. Como interpreta Nicolás Rosa (1999), Ludmer escoge un objeto casi “sagrado” de la cultura argentina para destituir su constitución de género en un sentido tradicional: “ya no es algo sustancial, ni siquiera formal, sino aquello que se constituye en su propia corporalidad, en su propio corpus con relación a los actores que lo soportan y lo sostienen” (Rosa, 1999: 336).²¹ De este modo, el género gauchesco no se define según formulaciones canónicas; está dado por un “uso” posicional, dual (el uso literario de la voz y el uso económico de los cuerpos) y relativo, y que le permite definirlo por momentos como “la lengua arma, con este duelo verbal que sostiene el antagonismo” (Ludmer, 2000: 149). Las narrativas de la Nación que analiza Ludmer son inestables y guardan consonancia con las teorías antigenealógicas de la nación que la alejan del imaginario de un conjunto cohesionado socialmente. De hecho, en el prólogo a la reedición del

²¹ Con una postura similar a la de Rosa (1999), Contreras (2012) indica que el trabajo de Ludmer (1988) despliega la idea de que en la emergencia del género “no hay sino guerra –de cuerpos, de culturas, de lenguas– y que esa emergencia no puede leerse cabalmente sino en contrapunto con su envés” (Contreras, 2012: 14). En este sentido, el texto de Ludmer se inscribe para Contreras dentro de una tradición de la crítica argentina que a partir de los años 80 piensa que no puede concebirse una literatura nacional por fuera del conflicto con otras literaturas y otras lenguas.

2000, Ludmer advierte la relación de su libro con el trabajo de John Beverly (1999) –perteneciente a los Estudios Subalternos– que promueve la búsqueda de una cultura literaria que registre “los momentos en que aparece una contrarracionalidad opuesta a la racionalidad de Estado colonial o nacional-burgués” y la necesidad de “un nacionalismo multicultural o cultural heterogéneo” (2000: 17).

La voz del “otro” tiene para Carlos Gamerro ya no tanto una carga ideológico-política sino estética. En *El nacimiento de la literatura argentina* ([2006] 2015), vuelve una vez más sobre los orígenes que definen la literatura nacional, pero desdoblado de manera valorativa su punto de inicio. Para Gamerro “la literatura argentina empezó muy bien y muy mal al mismo tiempo, y a manos de la misma persona” (Gamerro, 2015: 13). El primer origen se produce con *El matadero*, mientras que el segundo, con *La Cautiva*. En consecuencia, la ficción argentina “buena” se origina en la violación simbólica del lenguaje del vulgo al lenguaje romántico y artificioso encarnado en la voz del personaje del unitario. Es en el registro de la lengua criolla baja resaltada por contraste en su calidad, potencia y originalidad frente al lenguaje de salón del unitario que la literatura argentina encuentra su identidad propia: “la Argentina civilizada y europea puede ser cívicamente deseable, pero es estéticamente impotente y no nos ofrece una identidad diferenciada; la identidad y la potencia de la literatura argentina están en la barbarie –o más bien la voz de la barbarie imitada por los civilizados” (Gamerro, 2015: 26).

Consideraciones finales

Este artículo abordó la cuestión nacional desde una perspectiva transdisciplinaria. Si bien en el primer apartado realizamos un recorte de los estudios sociales que definieron “lo nacional”, ya desde el segundo apartado, a partir de la problemática del idioma nacional, dimos cuenta de cómo estos abordajes son apropiados, traducidos y transformados, en términos disciplinarios, por la crítica literaria. Para analizar este proceso, tomamos un enfoque doble. Por un lado, dimos cuenta de estudios literarios en los que la dinámica literatura-nación se piensa en relación con obras ficcionales argentinas que sirvieron de soporte fundacional de modelos de Nación. Por el otro, invertimos la perspectiva, para visitar trabajos críticos que se preguntaron sobre la identidad de la literatura argentina (sobre su “argentinidad”), dentro de los que cobra especial relevancia el concepto de alteridad y la relación centro-periferia. A partir de este análisis, arribamos a tres conclusiones.

La conclusión general, y primera, es que un mejor ordenamiento y problematización del eje literatura-nación en el campo literario argentino requiere del conocimiento de su diálogo con una serie de textos provenientes del campo de las ciencias sociales; posee, sin embargo, una doble faz. La primera es la comprobación de la existencia de un conjunto de escritos de corte social que funcionan como marco teórico, no siempre explicitado, de una gran parte de los estudios literarios que trabajan sobre lo nacional. En ellos, prima la idea de nación como un constructo moderno propio de las teorías antigenealógicas (Palti, 2006) o gastronómicas (Smith, 2000) y la percepción de que los instrumentos materiales de la producción cultural posibilitan la imaginación de las comunidades nacionales (Anderson, 1993). La segunda faceta de nuestra conclusión general es que los estudios literarios intervienen, desestabilizan y construyen nuevos sentidos de esos discursos sociales. Por ejemplo, la idea de un momento fundacional de las naciones modernas es matizada por Montaldo al demostrar momentos refundacionales del imaginario nacional a partir de distintos períodos literarios, o particularizada por Gramuglio al comprobar un desfase entre el momento independentista argentino y la consecución de un nacionalismo oficial, lo que afecta la elección del corpus literario adecuado para examinar el vínculo entre literatura y nacionalismo. Incluso, Rodríguez exagera la incidencia de las narrativas comunitarias sobre las formas del Estado (propuesta por Chatterjee) al invertir la relación de fuerzas entre el nacionalismo oficial de los portavoces del Estado (o de los organizadores semióticos del nivel superior) y los discursos literarios.

Una segunda conclusión, que se desprende de la primera, es que los estudios literarios que trabajan con el vínculo literatura-nación permiten ser metodológicamente subdivididos según la funcionalidad que le otorgan a la literatura para la cohesión social que requiere el Estado Nación. Así podemos escindir entre los trabajos críticos que se centran en las construcciones comunitarias creadas por la literatura acordes con el nacionalismo oficial y aquellos que se enfocan en literaturas que resquebrajan esas construcciones o que generan proyectos comunitarios alternos.

Finalmente, y como tercera conclusión, la participación de las minorías en la narración de la nación propia de las teorías sociales que van más "allá de la modernidad" permite una revisión de los estudios literarios que interpretan a la alteridad como rasgo característico de la literatura argentina, incluso de aquellos en los que perdura la idea de la formación de las naciones anclada en la estructura social. En este punto,

la crítica literaria aporta precisión sobre estas narraciones de la nación gracias a las modulaciones de las voces de los sujetos subalternos en el texto literario: la especificidad del trabajo crítico permite observar tanto las paradojas de configuraciones plurales que funcionan, en realidad, como instancias domesticadoras como, por el contrario, la capacidad rupturista e identitarias que puede generar el artificio literario al potenciar la violencia semiótica de esas “otras” voces.

Bibliografía

- ARMSTRONG, JOHN. A. *Nations before nationalism*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1982.
- ANDERSON, BENEDICT. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, [1983] 1993.
- BHABHA, HOMI. K. *Nación y narración: entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, [1990] 2010.
- BREUILLY, JOHN. *Nationalism and the state*. Manchester: University Press, 1982.
- CHATTERJEE, PARTHA. *La nación en tiempo heterogéneo*. México: Siglo XXI, [2006] 2008.
- COLE, JOHN. W. Y WOLF, ERIC. *The hidden frontier: Ecology and ethnicity in an Alpine valley*. Nueva York y Londres: Academic Press (Harcourt Brace Jovanovich), 1974.
- CONTRERAS, SANDRA. “Las fundaciones de la literatura argentina”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm.743, 2012.
- CROCE, MARCELA. “La crítica sociológica en Adolfo Prieto”. *Políticas de la crítica: historia de la crítica literaria en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1999.
- DEGIOVANNI, FERNANDO. *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.
- FISHMAN, JOSHUA. (Ed.). *Language problems of developing countries*. Nueva York: Wiley, 1968.
- ESTRIN, LAURA. “Entre la historia y la literatura, una extensión. La *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas”. *Políticas de la crítica: historia de la crítica literaria en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1999.
- EVEN-ZOHAR, ITAMAR. “El nacimiento de una cultura hebrea nativa en Palestina: 1882-1948”, en M. Iglesias Santos (Ed.), *Teoría de los Polisistemas*. Madrid: Arco, 1990.
- . “La función de la literatura en la creación de las naciones de Europa”, en D. Villanueva (Ed.), *Avances en Teoría de la literatura: Estética de la Recepción, Pragmática, Teoría Empírica y Teoría de los Polisistemas*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1994.

- . *Polisistemas de cultura*. Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, Laboratorio de investigación de la cultura, 2007.
- ROMAGNOLI, ALEJANDRO. "La invención de la historia de la poesía gauchesca: las lecturas de Ernesto Quesada en El 'criollismo' en la literatura argentina (1902) y de Ricardo Rojas en Los gauchescos (1917)". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, vol. 9, núm. 20, 2020.
- ROSA, NICOLÁS. "Introducción", en N. Rosa (Ed.), *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, 1999.
- FUNES, PATRICIA. *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Prometeo Libros Editorial, 2006.
- GAMERRO, CARLOS. *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos*. Buenos Aires: Excursiones, [2006] 2015.
- GRAMUGLIO, MARÍA TERESA. *Nacionalismo y Cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario: e(m)r, 2013.
- GELLNER, ERNEST. *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza, [1983] 1994.
- HALL, STUART. "The question of cultural identity", en Hall, S., Held, D. y McGrew, T. (Eds.), *Modernity and its Futures*. Cambridge: Polity Press, 1992.
- . "Introducción: ¿quién necesita identidad?", en S. Hall y P. Du Gray, *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, [1996] 2003.
- HAYES, CARLTON. *Essays on Nationalism*. Nueva York: Macmillan, 1926.
- HOBBSAWM, ERIC. "Introducción", en E. Hobsbawm y T. Ranger (Eds.), *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica, [1989] 2002.
- . *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, [1990] 2012.
- HROCH, MIROSLAV. *Social Preconditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- JURT, JOSEPH. *Naciones literarias. Una sociología histórica del campo literario*. Córdoba: Eduvim, 2016.
- KOHN, HANS. *Historia del Nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, [1944] 1984.
- LAERA, ALEJANDRA. "Para una historia de la literatura argentina: orígenes, repeticiones, revanchas". *Prismas: revista de historia intelectual*, núm. 14, 2010.
- . "Revolucionarios y radicales. Producción discursiva y prácticas culturales de los letrados de Mayo", en N. Jitrik, *Historia crítica de la Literatura Argentina. Una patria literaria*. Buenos Aires: Emecé, 2014a.
- LUDMER, JOSEFINA. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Sudamericana. [1988] 2000.
- MONTALDO, GRACIELA. R. *De pronto, el campo: literatura argentina y tradición rural*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1993.
- . *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, [1999] 2004.

- NANCY, JEAN-LUC. *La comunidad inoperante*. Santiago de Chile: Arces-Lom, [1986] 2000.
- NARVAJA DE ARNOUX, ELVIRA Y BEIN, ROBERTO (Comps.). *Prácticas y representaciones del lenguaje*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- . "Dar con su voz: discusiones en torno a 'El idioma de los argentinos', de Jorge Luis Borges". *Tram (p) as*, núm. 26, 2004.
- NOUZEILLES, GABRIELA. *Ficciones somáticas: naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- ORTIZ, FERNANDO. *El contrapunto cubano del trabajo y del azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, [1940] 1987.
- PALTI, ELÍAS. *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, [2003] 2006.
- PANESI, JORGE. *La seducción de los relatos: Crítica literaria y política en la Argentina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2018.
- PIGLIA, RICARDO. *Las tres vanguardias*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2016.
- PRIETO, ADOLFO. *Literatura y subdesarrollo: notas para un análisis de la literatura argentina*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, [1968] 2014.
- . *Estudios de la literatura argentina*. Buenos Aires: Galerna, 1969.
- . *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, [1988] 2006.
- RAMA, ÁNGEL. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones El Andariego, [1982] 2008.
- RODRÍGUEZ PÉRSICO, ADRIANA. *Un huracán llamado progreso: utopía y autobiografía en Alberdi y Sarmiento*. Washington: Organización de los Estados Americanos, INTERAMER, 1992.
- . "Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910) de Gabriela Nouzeilles". *Revista Iberoamericana*, vol. 67, núm. 197, 2001.
- RODRÍGUEZ, FERMÍN. *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.
- ROJAS, RICARDO. *Historia de la literatura argentina. Los gauchescos*. Buenos Aires: Losada, [1917] 1943.
- ROSMAN, SILVIA. *Dislocaciones culturales: nación, sujeto y comunidad en América Latina*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2003.
- SANTOS, SUSANA. "La tradición en las historias literarias nacionales: periodizaciones y autonomía", en N. Jitrik (Comp.), *Las maravillas de lo real: literatura latinoamericana*. Buenos Aires: ILH, FFyL, 2000.
- SARLO, BEATRIZ. "Los dos ojos de 'Contorno'". *Revista Iberoamericana*, vol. 49, núm. 125, 1983.

- . "La perspectiva americana en los primeros años de Sur", en C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2016.
- SMITH, ANTHONY. D. *Theories of Nationalism*. London: Duckworth, 1983.
- . "¿Gastronomía o Geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones", en Á. Fernández (Comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Editorial Manantial. Buenos Aires: Capítulo 9, [1995] 2000.
- . *Nationalism and modernism*. Londres: Routledge, 1998.
- SOMMER, DORIS. *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Colombia: Fondo de Cultura Económica, [1991] 2004.
- SZÜCS, JENŐ. *Nation und Geschichte: Studien*. Budapest: Bohlau, 1981.
- TILLY, CHARLES. *The formation of national states in Western Europe*, Princeton: Princeton University, 1975.
- TOPUZIAN, MARCELO. "Introducción: entre literatura nacional y posnacional", en M. Topuzian (Comp.), *Tras la nación. Conjeturas y controversias sobre las literaturas nacionales y mundiales*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2017.
- VAN DEN ABBEELE, GEORGES. *Travel as metaphor: from Montaigne to Rousseau*. Minnesota: University of Minnesota Press, 1992.
- VIÑAS, DAVID. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez editor, 1964.
- VICH, VÍCTOR. "Presentación", en Chatterjee, P. (2008). *La Nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Editorial Siglo XXI, Argentina, 2006.